

U  
r  
b  
a  
n

**Tribuna**  
*Tribune*



# Espacio, lugar y política en la coyuntura actual

## SPACE, PLACE AND POLITICS IN THE PRESENT CONJUNCTURE

Doreen MASSEY\*

Fecha de recepción: 24.07.2012

PÁGINAS 7-12

### RESUMEN

El artículo analiza la presente coyuntura económica y política en el marco de una crítica geográfica de la hegemonía neoliberal. Se desvelan las trampas geográficas empleadas por dicho discurso y se defiende que una conceptualización alternativa del espacio puede ayudarnos en nuestras prácticas políticas. En ese sentido se indica que el espacio es simultáneamente un producto y un condicionante social; está impregnado de aspectos políticos. El espacio es relacional y debe comprenderse como la esfera de la posibilidad de existencia de la multiplicidad, la esfera en la cual puede coexistir una variedad de trayectorias sociales diversas. Es, por tanto, la dimensión que nos obliga a plantearnos cómo vivir juntos, cómo construir una democracia basada en el respeto al otro; pero también la dimensión que abre el futuro a un abanico de vías posibles, refutando así la idea dominante de que no hay alternativa política y social al neoliberalismo.

### PALABRAS CLAVE

*Espacio, neoliberalismo, responsabilidad del lugar, sentido global del lugar, multiplicidad.*

### ABSTRACT

The article analyses the present economic and political conjuncture through a geographical critique of neoliberal hegemony. It reveals the geographical trap used by neoliberal discourses and contends that an alternative conceptualization of space can help us in our political practices. In this sense space is simultaneously seen as a social product and condition; it is full of political aspects. Besides, space is relational and we must understand it as the sphere of the possibility of the existence of multiplicity, the sphere in which distinct social trajectories coexist. It is, therefore, the dimension that obliges us to think how to live together, how to build a democracy based on the respect of the other; but it is also the dimension that opens up the future to a diversity of possible paths, thus contesting the dominant idea that there is no political and social alternative to neoliberalism.

### KEY WORDS

*Space, neoliberalism, responsibility of place, global sense of place, multiplicity.*

En este momento de crisis el espacio y el lugar son muy importantes no sólo en el análisis de la situación social y económica, sino también para pensar políticamente la coyuntura<sup>1</sup> actual y el modo de salir de ella. Empezaré aquí, en Europa, porque la situación que atravesamos es increíble, en cierto modo caótica. El desastre actual en la zona euro tiene raíces geográficas en la falta de una arquitectura financiera que pudiera aplicarse al desarrollo desigual entre países. No hubo en el origen del proyecto comunitario una arquitectura financiera para enfrentarse a dichas desigualdades y el resultado es que éstas no han hecho más que empeorar. Sin embargo ahora los discursos hegemónicos explican el fracaso de ese modelo comunitario como si fuera culpa de regiones específicas —Grecia o España— desviando la atención de los verdaderos culpables: los bancos y las élites financieras. Es decir, después de haber cerrado los ojos ante las contradicciones del desarrollo desigual y los conflictos espaciales, el proyecto europeo presenta ahora sus desastrosos resultados precisamente en esos términos: recurriendo a las diferencias espaciales como argumento de legitimación de nuevas medidas que no hacen sino ampliar la brecha de la desigualdad

\* Emeritus Professor, Faculty of Social Sciences, The Open University (Milton Keynes, Reino Unido). Este artículo desarrolla sendas ponencias ofrecidas en Barcelona (6/6/2012, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona) y Madrid (7/6/2012, Traficantes de Sueños) con motivo de la presentación del libro de Abel Albet y Núria Benach, *Doreen Massey. Un sentido global del lugar* (Barcelona, Icaria), y el texto “Landscape / space / politics: an essay”, elaborado en el marco del proyecto de investigación *The Future of Landscape and the Moving Image* (<http://thefutureoflandscape.wordpress.com/>), [d.b.massey@open.ac.uk](mailto:d.b.massey@open.ac.uk).

<sup>1</sup> Utilizo en este artículo el concepto de ‘coyuntura’ en el sentido de Gramsci, como una articulación de instancias sociales (la economía, la ideología, lo cultural).

✚ Ref. bib.: MASEEY, Doreen (2012) «Espacio, lugar y política en la coyuntura actual», *Urban NS04*, pp: 7-12.

entre países. Se trata de una ‘trampa geográfica’ que produce una serie de efectos políticos sumamente graves.

La consecuencia más inmediata es que esta trampa geográfica puede enemistar a los pueblos entre sí — el pueblo de Grecia o de España contra el pueblo alemán, es el ejemplo más obvio. En esta geografía el verdadero enemigo, el verdadero problema, desaparecen; es un disfraz espacial que oculta la realidad de un capitalismo que enfrenta los bancos, las élites, el sector financiero contra la mayoría del pueblo en cada país. De este modo una maniobra geográfica hace que el frente político pase de ser un frente entre clases o intereses sociales y económicos antagónicos a un frente entre países y pueblos. Esto, a su vez, implica el moldeado de nuestras identidades políticas en términos espaciales: somos españolas, griegas o inglesas antes que, por ejemplo, trabajadoras, empresarias, etc. No pretendo insinuar que la identidad geográfica sea siempre mala políticamente, pero en la situación que vive Europa hoy día no es la identidad pertinente. Se trata, en definitiva, de un juego de manos espacial con una finalidad política. Es éste el motivo por el que nuestro análisis geográfico es importante. Esta historia indica, a mi juicio, lo urgente que es construir una política progresista que pueda generar alianzas y vínculos entre los pueblos europeos. Tenemos que luchar juntos y resistir la tentación de enfrentarnos como países.

Otro ejemplo. En el momento del estallido de la crisis financiera en 2007-8 las élites británicas —estratos sociales sumamente involucrados en el sector financiero— nos explicaron el fenómeno diciendo que era cosa de los Estados Unidos, del mercado inmobiliario en el sur de este país. También dijeron —lo que era sumamente contradictorio— que la crisis era global. Se trataba de culpar a quien fuera, antes de admitir nuestra participación en lo que se avecinaba. Efectivamente, la crisis se inició en Estados Unidos, pero podría haber explotado en cualquier parte del sistema; y sí, desde luego, pronto se hizo global. Pero Londres, el centro de nuestro sector financiero, fue uno de los lugares de nacimiento del sistema que ahora estaba resquebrajándose, el neoliberalismo; Londres, el lugar que alentó la especulación, la desregulación, el adelgazamiento del Estado. Países como Chile en los años 70 y ahora Grecia han sido lugares de experimentación neoliberal sistemática. Pero Londres fue uno de los lugares desde los que se dirigieron esos experimentos y sigue siendo un centro para su difusión por todo el planeta.

Todos estos procesos llamados ‘globales’, tienen sus bases en lugares específicos y se hacen globales porque se articulan a través de relaciones globales de poder. Cuando empleamos este término es fácil crear la imagen de dinámicas desterritorializadas, sin raíces en la tierra, pero en realidad todo proceso global tiene su origen en localizaciones concretas. Por eso creo que es importante construir una política del lugar para enfrentarse a estos fenómenos; por ello hablo de la necesidad de desarrollar una *política de la responsabilidad del lugar*. Es decir, deberíamos entender nuestros lugares locales, nuestras ciudades, nuestros barrios, no —o no sólo— como víctimas de los procesos de globalización, sino enfrentándonos políticamente al papel que nuestros lugares desempeñan en dichos procesos. Volviendo al caso de Londres, yo he vivido y trabajado políticamente allí durante varias décadas, y pude ver cómo las luchas dentro de los barrios pretendían preservar, defender la ciudad de los procesos de globalización. Pero, en realidad, el hecho es que la globalización misma había nacido allí, por lo que pronto tuvimos que tomar consciencia y hacernos responsables de este aspecto de nuestra ciudad, de nuestro lugar. Es uno de los rasgos que he intentado destacar en mi trabajo: la necesidad de reconocer las relaciones más amplias que nuestros lugares tienen con el resto del mundo, los efectos nocivos —o positivos— que pueden tener en otros lugares. He explorado estos aspectos en mi trabajo “A Global Sense of Place” (Massey, 1991).

No cabe la menor duda de que el espacio y la manera en que lo conceptualizamos es importante para entender la coyuntura actual. Al nivel de la geopolítica global encontramos

el desafío a la hegemonía estadounidense, por ejemplo: económicamente desde China y otros países; políticamente, desde Latinoamérica. Para mí el establecimiento el año pasado de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños) es muy significativo, ya que es la primera organización que reúne a todos los países de América, incluida Cuba, pero sin Estados Unidos y Canadá. Esto evidencia no sólo una nueva confianza política y un reto al norte global, sino también la emergencia de una nueva identidad continental: un caso en el que la identidad geográfica es importante. Nosotros, que aquí en Europa nos autodenominamos progresistas deberíamos tomar mucho más en serio el desafío que plantea este proyecto político en América Latina y las lecciones políticas que podemos aprender de sus experiencias.

Segundo ejemplo. Hace poco visité un lugar de Inglaterra, lejos de Londres, en el noroeste. Un lugar industrial, pobre, con mucho desempleo; un lugar de clase obrera, casi un planeta distinto a Londres. Encontré un hombre en la calle y entablé una conversación con él. Me habló de su lugar, de esa pequeña ciudad. Él se sentía pesimista por ella y por sí mismo. Le pregunté por un gran edificio residencial al otro lado de la calle. «¡Ah!» dijo él «nadie de los que viven ahí tiene empleo; viven de los impuestos que pago». Objetivamente hablando tenía razón, pero a su juicio los desempleados de su ciudad eran los responsables de la situación que él sufría. En su mundo, en esta pequeña ciudad, no existen banqueros, no existen los ricos; las élites no son parte del mundo en el que vive y que está luchando por entender. Y, al no estar a la vista, los ricos quedan exentos de culpa. Otra vez la geografía, una determinada distribución espacial que tiene efectos sociales y políticos muy concretos. En el Reino Unido la segregación, la división social del espacio residencial, se agudiza cada vez más, con el peligro de enemistar a los pobres con los aún más pobres. Mientras, en otro lugar, casi en otro planeta, los ricos siguen sus vidas. De modo que los espacios íntimos de la vida cotidiana influyen en nuestros imaginarios y nuestras actitudes políticas.

En suma, si el espacio es tan importante, resulta crucial también decidir cómo conceptualizarlo. Anticiparé una serie de ideas provisionales a partir de los ejemplos citados:

1. El espacio es un producto social. Tanto el espacio, digamos, material, como el espacio implícito en nuestros discursos e imaginaciones. Y, si es un producto social, entonces ha de ser también una responsabilidad política. Si es algo que producimos entonces importa *cómo* lo producimos.
2. Lo contrario también es cierto: el espacio tiene sus propios efectos. Influye en el modo en que se desarrolla una sociedad y en la imagen que ésta tiene de sí misma. Hemos visto ejemplos ya, en Europa con el desastre de la zona euro o en el hombre de la pequeña ciudad al norte de Inglaterra.
3. En definitiva, si el espacio es producto de las relaciones sociales, entonces está también totalmente impregnado de poder social.

Estas tres características son bastante obvias, pero hay otras dos que me gustaría destacar y discutir porque son pertinentes en la actual coyuntura. El hecho, en primer lugar, de que el espacio es *relacional*. Hacemos el espacio, producimos el espacio con nuestras relaciones, al interactuar unos con otros. El espacio se construye a través de relaciones sociales. Tras varias décadas de desarrollos teóricos y empíricos hemos aprendido a reconocer la construcción relacional de nuestras identidades personales. Los sujetos no existen antes de su interacción con otros sujetos. No hay individuos aislados que más tarde se socializan; somos, esencialmente, seres sociales, en permanente interacción. Asimismo identidades espaciales tales como las asociadas a la nación, la región, la ciudad, etc. son producto de interacciones con un contexto más amplio. Y eso implica, obviamente, que cada lugar es híbrido y abierto, que siempre tiene vínculos con el resto del mundo y niega políticamente cualquier esencialismo que intentemos aplicarle. Es el otro lado del sentido global del lugar: una formulación que resiste las políticas exclusivistas del lugar y tiene mucho que

aportar en los importantes debates contemporáneos sobre migración, multiculturalismo, diferenciación, etc.

Tengo un pequeño descontento geográfico con las políticas de migración de la izquierda europea. Prestamos mucha atención, y con razón, a la defensa de los migrantes que llegan a nuestras ciudades — esta defensa es, además, parte de la política de la ciudad. Pero hay también en esta migración una geografía global. No se trata solamente de nuestras ciudades, de la llegada de personas; deberíamos tener igualmente una política global para enfrentar esta geografía global de la migración. Por ejemplo, la pérdida de estos migrantes y sus habilidades por parte de los países del sur global tiene efectos muy graves. Esos países han pagado la formación de las enfermeras, de los médicos que llegan; han cubierto los costes de su cualificación y otros obtienen el beneficio. Se trata, sencillamente, de un subsidio de los países del sur hasta los países más ricos. Aquí y allá, el lugar de llegada y el de salida, están relacionados y tenemos que desarrollar una política que tenga eso en cuenta.

Tenemos que entender qué representa esta migración dentro del sistema capitalista global. El actual proceso de migración internacional se asemeja al que vivió Europa entre los siglos XVIII y XIX. En aquel momento se formó un mercado nacional de trabajo, la gente migró a las grandes ciudades de sus respectivos países: se trataba de un proceso de producción de trabajadores libres, sin vínculos con la tierra o las tradiciones precedentes. De modo similar, la migración internacional de hoy es parte de la formación de un mercado global de trabajo. Si prestamos atención a las geografías nacionales de los países del Sur global podemos apreciar la reproducción de ese mismo éxodo entre el campo y la ciudad. Se trata de un vasto proceso de desplazamiento, movilidad y ruptura cultural. Se estima que dos mil millones de personas (un tercio de la humanidad) están en este momento migrando de áreas rurales a áreas urbanas. Es una dinámica de creación de mercados de escala global, arrancando a la población de modos de vida más complejos para transformarla en trabajo libre. La migración internacional e intranacional de desarrollan al unísono: una extensa reorganización de los seres humanos para convertirlos en un nuevo mercado planetario de esa mercancía ficticia que llamamos ‘trabajo’. Hay que ser consciente de estas geografías más amplias cuando hablamos de migración, lo que a su vez implica una intervención política mucho más fuerte y decidida sobre la desigualdad a nivel global. De modo que, de nuevo, estamos ante un cambio de perspectiva espacial, una visión global de la migración, que puede cambiar el debate político.

Pero quizá lo más trascendente en este momento en Europa es que conceptualizar el espacio en términos relacionales nos permite también refutar cualquier geografía moral, esto es, el mapa que presenta una Grecia perezosa y una Alemania trabajadora. Este mapa sugiere que el fracaso de la economía de Grecia es culpa de su indolencia y el éxito de la de Alemania fruto de su disciplina. No cabe duda de que hay diferencias en las específicas trayectorias de la economía en cada país. Pero es también obvio que una parte del “problema” de Grecia resulta de sus relaciones desiguales con otros países, incluida la propia Alemania; y que el llamado éxito alemán tiene un elemento clave en su posición desigual respecto a otros países, incluida Grecia. Cada lugar y cada persona, desde Grecia hasta el hombre en la ciudad industrial al norte de Inglaterra, se constituye dentro de y debe su existencia a redes de relaciones sociales que tienen sus propias geografías. Son esas las geografías que tenemos examinar y explorar, los espacios sobre los que tenemos responsabilidad política.

La última característica del espacio, en este momento de gran importancia, es también obvia: el espacio es la dimensión de la *multiplicidad*. Si el tiempo es la dimensión de la sucesión, del desarrollo o del devenir en el sentido de Bergson, el espacio es la dimensión de la existencia coetánea de una multitud de cosas, de la simultaneidad de un abanico de trayectorias. Por ejemplo, habitar o vivir un lugar de forma consciente significa entrar en contacto con toda una constelación de sendas inconclusas. Esa inconclusión nos interpela,

reclama la atención de nuestro presente. Las historias que encontramos en un determinado lugar están, con frecuencia, enlazadas entre sí, pero son también autónomas y conducen a menudo en direcciones opuestas. Siempre hay cabos sin atar en el espacio, cabos que le proporcionan su apertura hacia el futuro y dotan a la dimensión espacial de la cualidad de permitirnos pensar y orientarnos, tomar posiciones en esa apertura. Un análisis profundo del espacio no conduce a un holismo confortable y cerrado en sí mismo, sino, por el contrario, a la apreciación de una simultaneidad dinámica, siempre en proceso de ser construida y abierta a modos alternativos de evolución. Esto, de nuevo, tiene una serie de consecuencias políticas. Primero, implica que el espacio es la dimensión que plantea el reto de reconocer la existencia del *otro*, que nos obliga a formular la siguiente pregunta: *¿cómo vivir juntos?* Es en este sentido que Derrida habla del espacio como la dimensión del *respeto*. Esto no quiere decir que vamos a ser amigos de todos, a aceptar cualquier posición o a adoptar un tipo de tolerancia liberal. Quizás será necesario pelear, pero antes de pelear o en el momento mismo de la disputa hay que respetar. El respeto es, de hecho, uno de los retos que plantea la dimensión espacial.

Por otra parte, la multiplicidad del espacio nos obliga a reconocer la posibilidad de un futuro abierto a distintas formas de evolución. Durante las últimas tres décadas hemos visto consolidarse la idea de que *no hay alternativa*, es decir, que no hay multiplicidad política, que sólo hay un futuro posible, una única trayectoria a seguir. Las élites han convertido esta idea en un principio hegemónico, en el sentido de Gramsci: ha sido elevada a la condición de sentido común. Parece obvio que, de algún modo, esta dinámica es consustancial a la lucha política: el intento de presentar una postura específica como la única vía posible. Pero, a mi juicio, esta estrategia ha sido mucho más exitosa bajo el neoliberalismo. Su lema mismo es, de hecho, ese «no hay alternativa», no hay multiplicidad. Hay muchas causas para este éxito, pero un elemento clave es la consolidación de la idea de que los mercados son una fuerza de la naturaleza, una especie de fuerza externa, es decir, que no son un producto social. En Bruselas y Gran Bretaña la economía neoclásica se ve a sí misma como una ciencia natural, casi una ciencia física, y no como una ciencia social. Sin embargo pensadores como Karl Polanyi nos han enseñado que no hay nada natural en el *laissez-faire*, que éste es planificado e implementado por el Estado. De hecho la introducción del *laissez-faire* requiere un incremento sustancial de la actividad estatal en la regulación y administración de los procesos sociales.

A pesar de todo estas ideas, el andamiaje ideológico del neoliberalismo, están penetrando el sentido común en Europa y arraigándose en nuestras estructuras de pensamiento. Incluso el hecho de que son una mera suposición es raramente puesto de relieve. Una de las consecuencias directas es que lo económico es eliminado de la esfera de la contestación política. Así, se convierte en un asunto de expertos, de tecnócratas: lo que ha sucedido en Atenas o Roma es sólo un ejemplo de esta dinámica. Este proceso, por el que todo un conjunto de políticas es sustraído del debate público, no es más que otro elemento en el feroz ataque contra la democracia desplegado por la hegemonía neoliberal. No es un aspecto único, desde luego. Hemos visto, por ejemplo, la pérdida de espacios públicos en las ciudades, la desaparición de esos espacios que facilitan el desarrollo de sujetos democráticos. La privatización, en general, es un modo de reducir el control democrático sobre los procesos y recursos. Por otra parte, debemos tener presente que la democracia genuina precisa y presupone la *igualdad*. Democracia no es liberalismo. Hay diferencias, grandes diferencias entre ambos. El liberalismo no requiere la igualdad. El llamamiento a la democracia que hacen nuestros gobiernos cuando, por ejemplo, intervienen militarmente en otros países no es más que una tapadera para el liberalismo. La verdadera democracia necesita la igualdad y sabemos que el neoliberalismo produce desigualdad. Esa, al fin y al cabo, fue la meta que guio su introducción como cuerpo de pensamiento económico por las capas ahora hegemónicas. Hay quienes creen que el neoliberalismo, en su propia constitución, representa una

amenaza para la democracia. Estoy completamente de acuerdo. Pero añadiría otro aspecto: el neoliberalismo implica no sólo la pérdida de igualdad, sino también la falta de multiplicidad. La esencia de la democracia consiste en mantener abierta la posibilidad de alternativas y de contestación política. Sin éstas no hay democracia. Sin multiplicidad no hay espacio; y tampoco hay democracia.

Creo que esto es clave en el momento actual: el neoliberalismo está viviendo una gran crisis económica, pero sus fundamentos ideológicos parecen cada vez más sólidos y eso es muy preocupante. No ha habido fracturas significativas en el sentido común hegemónico y si no nos enfrentamos a esa hegemonía ideológica será imposible romper el dominio del actual discurso económico, un paso clave para propiciar el cambio social y político que perseguimos. Necesitamos un salto de la imaginación, una nueva imaginación política que cuestione los términos del actual dominio ideológico. Necesitamos transformar el terreno de lo político, rechazar la reducción de lo económico a un asunto técnico, reivindicar que lo económico es absolutamente político y que en lo político hay siempre alternativas y esperanza. Hay, también, ejemplos a seguir; la geografía puede ayudarnos a *localizarlos*. El año 2011 vio el surgimiento de todo un abanico de respuestas en la calle a las políticas de crisis y, en general, a nuestros modelos políticos. En Londres tuvimos un *Occupy* y, aunque fue minúsculo, planteó cuestiones que trastornaron por un momento el terreno del debate — por eso fue necesario expulsar a los manifestantes de la calle. En Grecia está Syriza, y las élites amenazaron sin cesar al pueblo griego con un futuro desastroso si no votaba por los partidos hegemónicos. Mientras tanto América Latina ha iniciado toda una serie de experimentos por parte de movimientos de base y gobiernos progresistas, experimentos para la construcción de nuevas formas de sociedad. ¿Qué aprendemos de esto en Europa? Casi nada. La prensa europea y los gobiernos prosiguen una constante campaña retórica que falsifica lo que pasa en América Latina y, lo más importante para las élites y para nosotros, esconde el hecho de que *sí hay alternativas*. Creo que la ferocidad de estos ataques de las élites contra cualquier proceso que cuestione su discurso o cualquier alternativa genuina demuestra, en sí misma, lo importante que es para ellos mantener su lema de que «no hay alternativa»... y para nosotros apoyar tales iniciativas. Un verdadero internacionalismo debería prestar atención a la multiplicidad de especificidades locales, pero de un modo en que éstas se comprendan en su apertura al resto del mundo.

### Referencias bibliográficas

MASSEY, Doreen (1991) “A global sense of place”, *Marxism Today* 38, pp: 24-29.